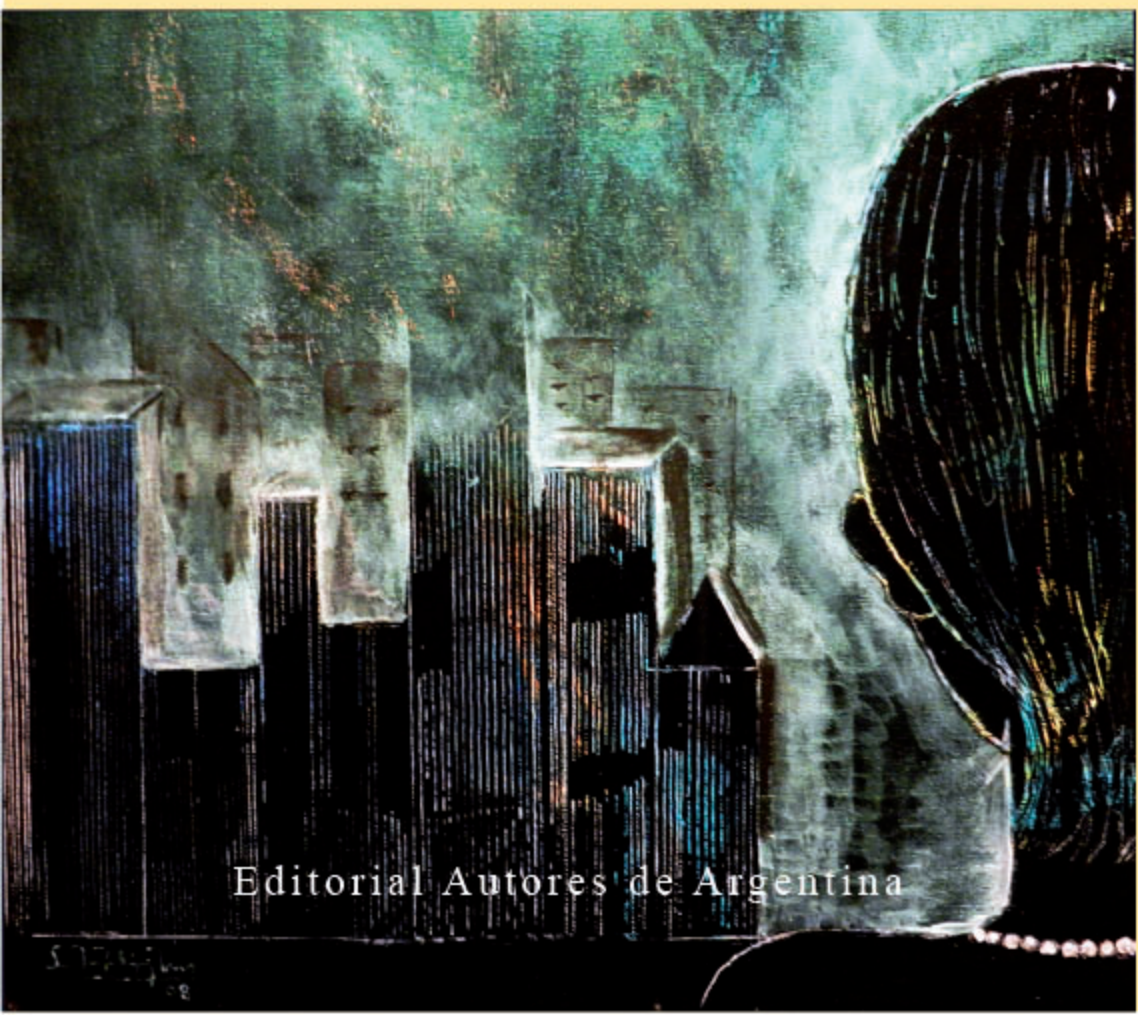


LOLA VIVE

MARCELA VAZQUEZ



Editorial Autores de Argentina

LOLA VIVE

Marcela Vazquez

Marcela Vazquez

LOLA VIVE

Editorial Autores de Argentina

Vazquez, Marcela Alejandra

Lola vive . - 1a ed. - Don Torcuato : Autores de Argentina, 2011.
280 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1791-25-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

Director editorial: Germán Echeverría

Diseño y diagramación: Bonsai Group

Cuadro de portada: Susana Marcos (pintora)

Título cuadro: *Perlas*

© 2011 Marcela Vazquez

E-mail: marcela.alejandravazquez@gmail.com

ISBN: 978-987-1791-25-5

Editorial Autores de Argentina

www.autoresdeargentina.com

E-mail: info@autoresdeargentina.com

Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

A los amores de mi vida: Agos y Edgardo
A mi mamá y a mi papá
A mi hermana Claudia y a Milagritos
A mis queridos sobrinos y a mis cuñados
A mi familia
A mis amigas y a mis hermanas de la vida

*Les agradezco a Emilia por ayudarme a caminar la ruta del reparo
a Anita por su paciencia, por cada palabra que me enseñó
a Clarita por todo, ella sabe que es todo
a mis médicos*

*En memoria
de mi abuela Carmen
de mi suegra Yíya.*

A veces cuando siento que vuelvo a perderme en las oscuridades más profundas, donde mis pensamientos se aferran a lugares equivocados, a sensaciones tan ocultas como desagradables, buceo en mí con gran esfuerzo hasta encontrarme. Y aparezco; vuelven el color y la sonrisa y los ojos nublados recobran un poco de ese brillo empañado de tantas lágrimas.

Lucho desesperadamente para que nada dure demasiado, me aferro a lo tangible, a lo que me hace bien, dejo de flagelar esos lugares de mi alma y de mi mente maltratada, que con el paso de años interminables, jugaron a aceptar el dolor, el miedo, el descontrol, el descontento, mi propio desconocimiento, mi pérdida de razón y de emoción.

En esta guerra intensa, donde siempre creo que soy la única enemiga de mi propia vida, descubro que una fuerza poderosa sigue viviendo en mí y me salva, me enfrenta a la mirada del espejo como buen recurso de rescate-terapéutico, siguiendo el consejo, sorprendida, atónita; no soy la de antes, esta que se refleja en él es distinta, más armada, más pausada, más sólida, coherente (hay que vencer el miedo) aún en la lucha más temeraria, en donde la inquietud deja lugar a la claridad del alma.

Las sombras empiezan a desaparecer, un poco de luz dibuja mi silueta protegiéndola de tanta incertidumbre, y es allí donde empiezo a descubrir lo bello que me da mi fortaleza, la intención de mejorar, de vivir con más disfrute y sin tanto daño. A partir de ahí, en el momento justo, después que la tormenta pasa dejando huellas que los nuevos vientos van borrando, me sostengo, me aferro, me abrazo, me cuido, me refugio, y solo pienso que este nuevo miedo es un intento macabro de aniquilar todo para que no vuelva a ser el primero sino el último.

Me acuesto para terminar el día, rezo para cerrarlo y pienso en las cosas que me esperan mañana y trato, solo trato de organizar algo, sabiendo que al levantarme la fuerza se restablecerá en mí y me permitiría estar nuevamente en el lugar que corresponde.

Sonó el despertador lleno de música. Me desperté. Había dormido profundamente más allá de algún vago sobresalto. Otra vez la rutina, agotadora a veces, maravillosa muchas. El desayuno. Cada uno en su camino empezando el día.

Miré el reloj y era tarde. Mi hora de salir de casa se acercaba, aunque prefería quedarme. Me puse la armadura, grité desde la planta alta si abajo había olvidado mi cartera de la que necesitaba todo para trasladar a la roja que combinaba con mis zapatos y el traje negro que había elegido para este día lleno de reuniones. Ya casi lista, bajé.

-Buen día- saludé a Juana, compañera fiel desde hace tantos años y una de las personas que más me conocen. Me convidó un mate, me miró a los ojos y me dijo:

- Disculpe, señora, ¿está bien?

Demoré dos segundos para estallar en un llanto tan profundo como doloroso al que no podía darle el lujo de que durara más que unos minutos. Mi cara lo iba a reflejar el resto del día, y el día era largo y plagado de reuniones.

Me acerqué hasta Juanita, le di un beso, la dejé que me abrazara como si yo no lo necesitara y le dije.

- A la noche hablamos, te llamo por el tema de la cena.

Y así subí a mi auto minimizando la angustia.

Casi sin observar el recorrido, mis pensamientos no podían ocuparse del tránsito y caminaban por otras calles, las que ese día mi mente habían elegido como opción para acompañarme hasta la editorial.

Llegué y Pedro, como siempre, estaba esperándome en la puerta para estacionar mi auto.

- Buen día, señora-.

- Buen día, Pedro-.

- ¿Cómo está? -.

Me preguntó con su cara disfrazada de susto y de preocupación. Encogí mis hombros y esboqué una mínima sonrisa como respuesta.

Tomé la cartera, mis papeles, el abrigo, y subí por el ascensor automatizada hasta el piso 21. Caminé hasta mi oficina firmemente, impecable, segura, casi coherente. A mi paso, los saludos afectuosos de cada mañana se mezclaron con los obsecuentes. Mi escritorio era un caos, parecido a mi vida como el día anterior. Empecé a ordenarme como podía, la agenda, la reunión con un estructurado director de una empresa que intenta entrar en el grupo. *A las dos tengo que hacer una corrida hasta el dentista, que sea un trámite sin dolor y sin anestesia, nada de eso hoy soportaría. A las cinco le prometí a Solcito que la buscaba por el cole para tomar el té juntas e ir a la casa de la abuela que reclama su presencia.*

Almorcé con mi secretaria y la gerente de sistemas una mínima ensalada, con un jugo de frutas y una lágrima para aportar un poco de calcio en prevención de la osteoporosis (eso dicen los que saben).

Mi teléfono sonó todo el día sin parar, más allá de las llamadas filtradas por Cholita para no agotarme, razón por la cual volví a pedirle que no me pasaran ningún llamado. Pero su voz apareció sorpresivamente para avisarme que era mi marido que llamaba desde el aeropuerto de New York.

- ¡Pasame, pasame!- grité exaltada.

Qué alegría, una sensación placentera recorrió todo mi cuerpo, y al escucharlo, me sentí tranquila, segura, feliz.

- ¡Hola, mi amor!

- ¿Cómo estás? (Escuché desde el otro lado de la línea, tragué saliva, contuve el aliento y las lágrimas, y le contesté).

- Bien, muy bien, esperándote y extrañándote.

-Yo también, en unas horas ya estoy de vuelta en casa, me muero por verte, por estar con vos, te compré unas cosas divinas. Esperame para desayunar y quedate la mañana conmigo. Organizá tus compromisos para después del almuerzo.

(Me lo dijo con tanto amor, con ese mismo amor que nos hace estar juntos desde hace tantos años.)

-¿Los chicos? - me preguntó.

-Bien, mi vida, te extrañaron mucho: Solcito, sobre todo. Juan entre la novia y la facultad no preguntó, pero vos sabés cómo es él, se muere por dentro cuando no te ve, aunque sea incapaz de decírtelo.

-¿Mi amor, estás bien? Tu voz está rara, ahogada con angustia, ¿te pasa algo?

(Volví a tragar saliva, no quería preocuparlo)

-Muy cansada solamente y con tantas ganas de verte. Bueno, que tengas buen viaje, te espero en casa con el desayuno y alguna sorpresa. ¡Te amo!

-¡Hasta mañana!

-Chau, mi amor.

-Yo también te amo.

-Nos vemos, cuando esté en camino con Pedro para casa, te llamo.

-¡Ah! El avión llega a las 7.15. ¡Chau! Besos a los chicos.

-¡Chau!-le contesté hasta que estallé en lágrimas, me acerqué a mi ventana, miré casi sin mirar: el sol iluminaba mi cara, aunque mi alma, tan oscura...

No podía entender qué me pasaba, recorrí la semana, los días en que Francisco había estado de viaje, las noches, que sin miedos tangibles, había tenido tanto miedo. Tomé un espejo. La reunión con el estructurado se acercaba. Retoqué mi maquillaje, me miré el rostro finalizando algún detalle, pero en realidad quería verme el alma, me hablé en silencio. *Algo te está pasando, buscá, frená sin dejar de estar atenta, parece que semejante armadura no podés sostenerla sola.*

Todos estos pensamientos que necesitaban varias horas del día para reflexionarlos solo duraron unos segundos, el tiempo me acosaba, tenía tan solo quince minutos para preparar mi reunión y los argumentos necesarios para sacarme a ese pesado de encima. Cuatro y media. Me sorprendió la hora, casi no había mirado el reloj en todo el día porque Cholita se había encargado de marcarme los horarios, diez minutos antes de cada reunión, del almuerzo, de cada compromiso, aunque el único importante del día, era encontrarme con Solcito, mi hijita querida, mimarla un rato, hablar de cosas de mujeres, el colegio, la adolescencia, sus clases de danza.

- ¡Ah! Casi me olvido, Cholita, cancelá todo hasta después del mediodía, llega Francisco, y me voy a quedar con él.

- Pero señora, viene la gente de la revista "*Image*", a primera hora llegan de Francia.

- Bueno, no importa los recibo por la tarde, explicales que tuve un imprevisto de último momento. "Impostergable", inventá lo que quieras. Yo solo quiero estar con Francisco y con mis hijos.

Tomé mis cosas, y otra vez el ascensor hasta el auto.

Estacioné a una cuadra del colegio y caminé hasta la puerta. Más de una mamá se sorprendió al verme.

- Hola, Lola, ¿qué haces por acá?

- Vine a buscar a Sol, vamos a tomar el té juntas, y nos vamos a casa temprano, mañana llega Francisco que hace diez días está de viaje-.

La mamá de Delfina casi de la nada interrumpió:

- Hola, amor, ¿cómo estás? Tanto tiempo, ¿tus cosas, la editorial, el lanzamiento de tu revista? En realidad lo vi por la tele. Lástima que Francisco no salió en ninguna foto. Aunque por otro lado, qué suerte, eso de tener un marido que viaja tanto, te da tiempo para vos sin tanta demanda ¿no? -me dijo con esa voz estúpida que la caracterizaba igual que su estilo "liviano".

(La miré con unas ganas infinitas de mandarla al... o tomarme el trabajo de explicarle, que cuando Francisco no está, lo extraño tanto... Pero no valía la pena gastar tanta energía para una mente tan hueca).

Me puse la careta y le contesté:

- Sí, fue una lástima que no estuviera, para el próximo evento seguro me va a acompañar, el siempre está, vive en mí (una frase bastante cursi, aunque mi verdadera realidad). Fue lo único que se me ocurrió para minimizar tanta estupidez.

Sol milagrosamente y haciendo honor a su nombre apareció en la charla, iluminando todo. Ya nada me importaba. Se fundió en un profundo abrazo, que hizo ebullición en mi sangre, mi piel y mi alma.

Subimos al auto y nos fuimos a un barcito, que tiene los olores de tiempos lejanos en donde las medialunas recién horneadas y el café con leche

calentito, se confunden con algún recuerdo de mi infancia. La tarde estaba fría, aunque recién empezaba el otoño. Tal vez quien estaba fría era yo. Mis manos, mi piel, mi mirada.

- ¿Cómo te fue hoy, mi vida?

- Bien ma, nada en especial, un día agotador, pero para mañana solo tengo que terminar un trabajo de Arte. Mami, ¿Juan está en casa?

- No, pero vuelve a cenar. ¿Por?

- No, capaz me ayuda con el dibujo, a él le encanta, y para mí es re difícil.

- En un rato si querés lo llamamos y le pedimos que llegue temprano.

- Salvo que vaya a la casa de Paula, viste que cuando él está con su novia...se pierde, igual a mí Pau me encanta, no como la novia anterior que era insufrible. ¡Ma! Te estoy hablando ¿me escuchás?

- Sí, Solcito, perdoname me quedé enganchada con algo de la editorial, pero coincido con vos plenamente. (En realidad no sabía de qué estaba hablando, mi cabeza recordaba sin parar cada momento del día de ayer, en donde todo se había nublado).

Terminamos de tomar la merienda y subimos al auto. Nos quedaba todavía pasar por la casa de Carmen, mi mamá, pero para esta tarde solo la abuela de Sol.

- Hija, en lo de la Abu nos quedamos un ratito, estoy con ganas de llegar a casa. Mañana papá llega temprano, ya está viajando para Buenos Aires.

- ¿Qué pasó que adelantó el viaje? ¿No volvía el fin de semana?

- Sí, pero por suerte, terminó con todo y mañana está en casa.

- Qué bueno, ma, lo extrañé un montón en estos días. ¿Vos?

- Yo, ¿qué?

- Si lo extrañaste.

- ¿A quién?

- A papá, ma. ¿Dónde estás?

- Sí, por supuesto, perdoname estoy exhausta, tuve mil reuniones, llamados, una entrevista con un gerente de una compañía insoportable.

- No me parece cansancio, estabas como en otra parte.

Y yo que pensaba que no se notaba, mi hija con tan solo doce años, podía darse cuenta de que algo en mí, ese día, había cambiado. Evidentemente la armadura que me había puesto a la mañana era mucho menos sólida y más permeable que otras veces.

- Poné la mochila atrás, en el baúl, dejamos el auto en el estacionamiento del edificio, pero por las dudas.

-Ma, ¡no pasa nada! Está don Ramón.

- Ma, abu- gritamos por el portero casi juntas. ¡Somos nosotras!

- Suban, las estoy esperando.

- Hola, abu-. Y se colgó de su cuello, olvidándose que doña Carmen no estaba para esos trotes.

- Sol, cuidado con tu abuela, la vas a desarmar.

- Dejala, Lolita, sabés que a mí me encanta, ella es mi preferida, aunque si me escucha Juancito... se va enojar mucho. Y vos, hija mía, ¿cómo estás? Se te ve desmejorada, como si hubieras venido corriendo.

- Bien, mamá, bien, te extrañaba-. Y le di un beso enorme y un gran abrazo. (Casi tan parecido a cuando era chica refugiándome en sus brazos, como único abrigo, en esa tarde tan fría).

- ¿Vos cómo estás, mamá? ¿Fuiste al médico?

- No, tengo que ir la semana próxima. Ayer te lo comenté. Lo olvidaste.

- Ayer, no lo registré. Fue un día terrible, perdoname.

- Está bien, mi amor, sé que tenés tantas cosas en esa cabeza, vivís tan ocupada. Pero mientras estés feliz, y haciendo lo que te gusta, yo también me siento muy contenta. Estás feliz, ¿no?

Suspiré...

- Sí, mamá ¿por?

- Por el lanzamiento de la revista- exclamó.

- Sí, por supuesto, muy contenta-. (Aunque por un momento, pensé que me estaba preguntando por otras cosas. Me quedé paralizada por unos segundos).

- Hija, ¿estás bien?

- Sí, ¿por?

- No, por nada, me pareció que te habías ido.

- No, mamá, estoy muy cansada.

- ¿Tomamos un té? O si tenés ganas unos mates. Solcito, ¿qué tomás?

- Nada, abu, recién tomamos con mamá.

Al rato, más allá de que me hubiese quedado en ese lugar, solo para recibir el afecto profundo de mi madre, tomamos nuestras cosas, despidiéndonos hasta la semana próxima.

- Llamen cuando llegan. Tengan cuidado, las amo.

Unas tres cuadras antes de llegar a casa, Solcito, se acordó de que le faltaban unos óleos para terminar el dibujo de arte. Di la vuelta protestando y fuimos hasta la librería. No veía la hora de sacarme el traje negro, revolver los zapatos y ponerme un camisón y una bata calentita para cenar. Hice señas con las luces al llegar, mientras la célula fotoeléctrica encandilaba mis ojos cansados y hasta húmedos de tanto contener las lágrimas.

- Señora, buenas noches- me dijo don Jorge con su voz tan cálida.

Los años se le notaban más allá de su corpulencia y su fortaleza. Cuando era chica ya trabajaba en el campo de mis abuelos, era como de la familia, un roble añejo, pero tan leal, silencioso y creíble como pocas personas conocí en mi vida.

- Don Jorge, buenas noches. ¿Cómo está? Tiene cara de cansado.

- Bien, señora. Disculpe, no sé cómo estará mi cara pero la suya, la verdad que asusta.

- Estoy cansada, Jorge, solo eso.

Lo miré y retornó mi mirada haciéndome la caricia que tanto necesitaba.

-Por favor, me baja algunas cosas que hay el auto. Muchas gracias.

Caminé delante de Sol llegando a la puerta de casa ya que ella se había retrasado para darle un beso enorme a don Jorge.

- Buenas noches, Juana. Subo, me doy una ducha, hablo con Juan y bajo a cenar. Quiero acostarme temprano.

- Bueno, señora, la espero. ¿Se siente bien?

- Sí, Juanita, sí. Y le di un beso en la frente. (Esa pregunta había sonado en mis oídos como el hit del momento todo el día).

Lo llamé a Juan.

- *Hola, ¿cómo estás, hijo?*

- *Hola, ma, bien, ¿y vos?*

- *Bien, ¿estás por venir a casa a cenar? ¿Por dónde andás?*

- *En lo de Pau. Pensaba quedarme a comer acá.*

- *¿No podrás venir con ella? Tu hermana necesita que la ayudes con un trabajo de arte. Y la verdad es que tengo ganas de verte y cenar los tres, o con Pau si ella quiere.*

- *Esperá un segundo, ma. Está bien cero problema en quince minutos estamos por allá. Llevo algo de postre. ¿Te parece?*

- *Sí, mi vida, está bien. Nos vemos.*

Me saqué la ropa, recorrí mi rostro sacándome el maquillaje y abrí la ducha. Me metí con cabeza incluida, necesitaba un mimo. Casi sin querer, el agua me pareció fría, me sentí inestable; mis pensamientos se iban, ya sin control, al mismo lugar adonde se iban cada noche. Tuve miedo. No, otra vez lo de antes, no. Trataba de volver. Abrí los ojos y todo parecía tan lejano, otra vez el esfuerzo, hoy un poco más grande. Sorprendida, escuché desde abajo:

- ¡Maaaaa! -. Era la voz de Juan.

¡Ay Dios mío! La realidad se acercó nuevamente, mientras los pasos de Juan se escuchan, por la escalera, recorriendo la casa hasta llegar a mi cuarto.

- ¡Ma! ¡Mami! ¿Estás bien? ¿Puedo pasar?

- Sí, por supuesto. Ya salgo.

Me dio un beso y un fuerte abrazo con su 1,82.

- Me asusté, hace diez minutos que te estamos llamando. Juanita, Sol y yo. ¿Te quedaste dormida?

- No, mi amor. No los escuchaba, perdóname.

- Bueno, bajemos a cenar.

- Dale, Juan.

- ¿Qué?

- Te quiero mucho, hijo mío.

-Yo también, ma, yo también. Estás rara, ¿qué te anda pasando? Tantos días sin papá, no te hace bien. Lo extrañas mucho ¿No?

- Sí, muchísimo.

- Pero mirá que estás acostumbrada.

- Pero sabés, cuando pasan los años, más ganas me da de compartir todo el tiempo posible con él. Es más, te cuento un secreto, estoy evaluando la posibilidad de trabajar menos en la editorial.

- Evidentemente, mami, estás peor de lo que pensaba.

Le di un beso, me aferré de su brazo y bajamos a cenar.

-¡Qué rica estuvo la cena, Juanita! Muchas gracias, ya podés retirar y me subís un té, con algo dulce. Me voy a acostar, si alguien tiene ganas, lo invito a estar un rato mirando la tele conmigo, yo no puedo más.

¡Para que lo habré dicho! De un lado Sol, del otro Juan y Pau, y sentada en el sillón, Juanita. Solo faltaban don Jorge y Clemencia, pero ella no tiene tanta confianza. Lavó los platos y se retiró a su cuarto a descansar y no perderse la novela mexicana con su galán favorito. Los miré a cada uno de ellos, a los míos, lo más importante de mi vida: mis hijos. Mientras, peleaban por el control remoto tratando al mismo tiempo de ver cada uno su programa favorito. Yo solo los recorría, me acordaba de cuando nacieron, de cuando eran chicos, los años que tardé en tener a Juan después de largos tratamientos. Hoy lo recuerdo y se me estremece el alma, aunque en aquellos años esas pérdidas solo me parecían parte de la vida creyendo que nunca me harían tanto daño.

¡Están grandes! Juan, un hombre, tan parecido a Francisco, tenaz, inteligente, galante, seductor, responsable. Si todo va bien le quedan cuatro materias y se recibe de abogado por lo cual el próximo año, se irá al exterior a realizar un Máster. Nada quiere más en este mundo y para nosotros más que un regalo, por la magnífica carrera que hizo, es un orgullo.

Lo que no sé es qué pasará con Pau. Ella es divina, un encanto pero,

demasiado absorbente para mi gusto, no sé si va a soportar que Juancito esté lejos tanto tiempo. Él está súper enamorado, siempre dice que es la mujer de su vida, y bueno -como diría mi madre- si está feliz, es lo único que importa, y la verdad es cierto. Nada nos produce más alegría, esa felicidad plena de ver a nuestros hijos recorriendo su propio camino. La tiene tomada de la mano y le acaricia el cabello, me hace acordar a los años en que estábamos de novios con Francisco, él también era un tierno, un encanto, por suerte mucho no ha cambiado.

Francisco. Vida mía, cómo te extraño, cuando miro a los chicos y tantas otras veces sin mirarlos. Tu amor se aparece, me acompaña, está, se hace presente, cada noche en cada llegada, en cada llamada, algo de mí se moviliza, igual o mejor que cuando éramos mucho más jóvenes. Pensar que ya pronto voy a cumplir 50. ¡Ay Dios mío, increíble!

- ¡Ma!- dijo Sol a los gritos.

- ¿Qué pasa?

- ¿Ves esos zapatos? Son los que quiero comprarme. Son divinos. ¿Me llevás el sábado?-

En ese momento me olvidé de Francisco, mi gran amor. Mis pensamientos se atontaron con la exaltación de Sol, siempre interrumpiendo todo, como un torbellino. Me acuerdo cuando era chiquita, nunca pedía permiso, arremetía con lo que se cruzaba a su paso y obviamente lograba lo que quería, mimada por su papá, por sus abuelos, tantas veces la preferida y malcriada, incluyéndolo a Juan, que se peleaba con todo el colegio protegiendo a su hermana en los pocos años de esa etapa que compartieron juntos.

-Sí, Sol, el sábado vamos.

Aunque por un instante, algo frío recorrió todo mi cuerpo acosando mi cabeza con un solo pensamiento. ¿Estaré bien el sábado? Suspiré, saqué fuerzas (o la poca que me quedaba), los miré como si los abrazara y les dije:

- Bueno, chicos, a dormir, sobre todo vos Solcito, mañana no hay quién te levante y yo estoy muerta. Juan, cuando volvés de dejar a Paula, avísame.

- No vuelvo, ma, me quedo a dormir en la casa de Paula.

- Bárbaro, mi amor, entonces a todos, hasta mañana. ¡Chau chicos!
¡Chau Juanita! Mañana por favor llámame a las 6.30. Pongo el despertador,
pero por las dudas. Llega el señor Francisco.

- Sí, señora, quédese tranquila. Que descanse.

- Igualmente a todos. ¡Hasta mañana!

Cerré la puerta de mi cuarto, estaba agobiada. Me saqué la bata, el resto que quedaba de maquillaje, me puse la crema humectante de la noche, y despacio, silenciosamente, recorrí, cada arruga, cada marca de mi rostro que la vida fue dejando, más allá de que mi cara fue una de las partes más cuidadas de mi cuerpo.

¿Qué te pasa Lola, qué te está pasando?

Otra vez estallé en llanto, tanta angustia, tanto miedo.

Esta sensación que habías vencido con los años ¿qué la dejó entrar, qué fue lo que la disparó en vos en estos días, y te abrió el pecho de par en par, y dejó un hueco tan grande, adonde es tan fácil tener acceso? Ya pasaste por este lugar. ¿Te olvidaste? Hay que frenarlo, ya. ¿Cómo se hace, cómo se hace? ¿Por qué ahora? Ahora que está todo tan armado, tan sólido, tan prolijo, ¿por qué venís nuevamente a joderme la vida? Estoy por cumplir 50, ya pasé por tantas... sólo quiero disfrutar.

Todavía no puedo levantarme desde la muerte de papá. Cómo lo extraño, tan cálido, tan presente, tan serio, un laburante, hizo todos los esfuerzos para pagarme la carrera, en esos tiempos todavía las cosas le eran difíciles, hacernos felices a mí y a mamá era su único objetivo, y cuando ya estaba con los años para disfrutar, el accidente. Me acuerdo como si fuera hoy.

Yo salía del colegio de Solcito, ella estaba en cuarto grado, y al llegar a la esquina veo el auto de Francisco. Qué raro. Me sorprendí. Cuando le vi la cara me di cuenta de que algo malo pasaba.

- Mi amor, ¿qué hacés por acá?

- Nada, vamos a casa. En el camino te explico.

- ¿Qué pasó? Decime, por favor.

Toda mi ansiedad estaba burbujeante.

- Tu papá no está bien, la dejamos a Sol y nos vamos al sanatorio.

- ¿Es grave?

- Sí muy, tuvo un accidente.

- Recorría el campo con la avioneta. La piloteaba el papá de don Jorge y se estrellaron.

- ¡Ay Dios mío! ¿Murió?

- No, don Pepe sí, tu papá la está peleando.

Lloré con todo mi corazón expuesto. Sentí que todo había terminado, una parte de mi vida, de mi historia se moría en ese momento junto a mí, sentí que ya era tarde, que ni siquiera lo vería con vida. Pensé en mamá, era su gran amor, y en mí. Tanto en mí.

Me tiré casi del auto, y al llegar subí los tres pisos hasta terapia intensiva, donde el viejo la seguía luchando. Respiré hondo, saqué fuerzas y entré. Al lado de él, mamá doblada de tristeza lo miraba y le acariciaba la mano, único lugar en donde no había nada conectado. Él, quieto- tan quieto- despidiéndose en silencio, inmóvil, perdido, tan sereno. Me acerqué casi sin pisar el suelo como pidiendo permiso.

-Papá, ¿podés escucharme? ¿Papá? Soy yo, Lola.

Me miró fundiéndome el alma. Intentó guiñarme el ojo y entendí que quería que me acercara.

Lo hice remontando una fuerza desconocida, le acaricié la cara.

- Descansá - le dije- , todo va a estar bien, me voy a quedar con vos, igual que cuando íbamos a la estación a ver por horas pasar los trenes. ¿Te acordás? Ni hablábamos; la música de las vías nos hacía compañía. Y nosotros hundidos en ese mundo pasábamos las horas tan felices. ¿Tenés mucho dolor?

Esbozó una mínima sonrisa (tan mínima como imperceptible) y balbuceó:

- Seguí hablando-.

- ¿Te hace bien?-. Y me asintió con la cabeza.

- ¿Te acordás cuando empezaron las fiestas, y me ibas a buscar en una combinación de sobretodo y pijama? ¡Qué papelón! Pero yo estaba feliz de que estuvieras ahí. ¿Y cuando tuve novio? Casi enloquecés, te morías de

celos. ¡Cómo Lolita a los diecisiete se atreve a salir con un chico! Cuántos recuerdos, el día que me llevaste de tu brazo hasta llegar al altar te sentías tan orgulloso... Siempre lo quisiste mucho a Francisco. Y no te equivocaste, es un gran hombre. Y cuando nacieron Juan y Solcito, ¡qué alegrón! ¿No, papi? Tu vida estaba completa y ahí empezaste a darte algunos permisos y a disfrutar de tus nietos como lo más importante de tu vida.

La respiración se sentía entrecortada. Su frente estaba fría, igual que el resto del cuerpo. Levantó la mirada como pudo hacia mamá, y ella, antes que yo, entendió que la muerte estaba cerca. Nos acercamos juntas, abrazadas, llenas de tanto dolor, lo acariciamos y le dijimos que lo amábamos.

Mamá, llena de amor, le dijo que él siempre iba ser el hombre de su vida. Yo no encontraba las palabras. Lo miré y llorando le dije:

- Gracias. Gracias, por quien soy, por lo que me diste, por haberme acompañado en este camino, por soñar conmigo, por ser mi compinche. Te amo papá, te amaré por siempre.

Mi madre, le dio un beso tierno, lleno de admiración, de amor y de reconocimiento, diciéndole:

- Cerrá los ojos, descansa. ¡Te amo!

Y él con todas sus fuerzas, nos miró susurrando:

- ¡Yo más!

Salimos. Los médicos entraron con el Padre Estanislao, que llegó más tarde de lo previsto. En la antesala de terapia, mamá y yo nos fundimos en un abrazo eterno, triste y doloroso. Yo no podía parar de llorar. Y ella más allá de tanto dolor, me miró y con sus palabras contenedoras me dijo:

- Hija mía, hemos tenido el privilegio de tener a nuestro lado un gran hombre. Permitámosle irse en paz. Solo por él, recordemos lo mejor que nos dio en todos estos años y así un poco de nuestra tristeza va a aplacarse.

Salí de ese sector del sanatorio como pude. No soportaba la mezcla de esos olores tan particulares de desinfectantes mezclados con remedios y el aire impregnado, donde la vida y muerte son compañeras y generosas para no ocupar el lugar de primeras.

Caminé hasta el barcito del sanatorio sin darme cuenta de que Francisco estaba detrás de mí. No lo había visto en terapia. Había bajado a fumar

un cigarrillo, aunque ya hacía años que no lo hacía. La muerte de papá lo conmocionó tanto, que no sabía dónde poner tanta angustia.

- Lola, mi amor.

No hubo más palabras. Me escondí dentro de su pecho y sus brazos me sujetaron para no dejarme caer, aferrándome a la vida más allá de este día de muerte.